



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Cómo adquirir el nuevo nombre

Exposición del Mensajero del Eterno

NUESTRO privilegio es inmenso de conocer la verdad. Esta ya fue revelada en parte por los profetas del antiguo pacto. Isaías, por ejemplo, nos dejó maravillosos testimonios. El nos mostró con entusiasmo la obra de nuestro querido Salvador, la del pequeño rebaño y la del Ejército del Eterno.

Isaías describió la restauración de todas las cosas, el bendito momento en que los seres humanos vendrían a Sion con cantos de alegría y aclamaciones de triunfo. El anunció magníficamente ese dichoso tiempo en el que no habría más lágrimas ni dolores; en el que la muerte misma sería vencida y que la felicidad reinaría por todas partes. Es un cuadro sorprendente y vivo que adornó su mensaje.

Sin embargo, a pesar de todos estos testimonios vibrantes, la gloria del Eterno no podía ser reconocida por los seres humanos. Sólo el Señor Jesús conocía verdaderamente a Dios, como el mismo lo dijo: "Nadie ha conocido al Padre, pues el Hijo solo lo ha revelado." En efecto, nuestro querido Salvador reveló con poder la gloria del Eterno, porque vivió los caminos divinos con una entera fidelidad. El regocijó constantemente el corazón de su Padre con su línea de conducta y la humildad con que cumplió su voluntad.

Como miembros del real sacerdocio, somos llamados a formar una parte del Cristo. Para lograrlo, es necesario manifestar absolutamente el carácter divino, porque si queremos llevar su nombre, es preciso que nos asemejemos a él. Es nuestro carácter que expresa nuestra identidad. Por lo tanto es indispensable que hagamos grandes esfuerzos para reformarnos.

En efecto, hay aún mucho que corregir en nosotros. Si nuestro corazón quedara descubierto de repente y puesto en plena luz delante de toda la asamblea, con todos los defectos que se encuentran en él, nos sentiríamos probablemente muy incómodos. Habría también muchos ademanes de sorpresa, exclamaciones de asombro.

Afortunadamente que el Señor obra con nosotros como un Maestro lleno de bondad, de discreción y de nobleza. Su amabilidad y su afecto son como mucho demasiado grandes para descubrirnos. El hace todo lo contrario, nos cubre con su amor, con su gracia y su perdón, y paga por nuestras faltas. En cambio, el adversario nos descubre.

Si salimos del redil, si corremos por montes y por valles, en vez de permanecer dentro de las fronteras del Reino, sufriremos sus consecuencias. No estando más bajo la cobertura de la gracia divina, caeremos en las garras del

adversario, y se encargará de lacerarnos la espalda de lo lindo. El nos tratará sin contemplaciones, y quedaremos desnudados: nos echará nuestras pobreza en cara, para intimidarnos, confundirnos y desarmarnos.

Estamos llamados a llevar el nuevo nombre, que nadie conoce, sino aquel que lo recibe. Llevar el nuevo nombre significa mucho. Esto supone tener un carácter que se parezca al de nuestro querido Salvador. Si pudiéramos corregirnos nosotros mismos de un solo golpe, como cuando borramos una falta hecha en una página de escritura, esto sería rápido, pero no es posible.

No hay nada como las pruebas para ayudarnos a desembarazarnos de nuestros defectos y de todos los rasgos de carácter que no están en armonía con el Reino de Dios y con su mentalidad. Son las pruebas que nos permiten ver en que nivel estamos, y constatar los sentimientos que nos animan. Solamente las pruebas pueden hacernos descubrir si somos impacientes, celosos, orgullosos, pendencieros, mentirosos, hipócritas, etc.

Nuestro verdadero nombre es el que expresa nuestro carácter. Si pues somos coléricos, este es nuestro nombre, y si por añadidura tenemos celos, habría que añadir este nombre al anterior sobre nuestra tarjeta de visita. Por tanto, es la dificultad que se encarga de revelarnos el estado real de nuestro corazón.

Las diferentes advertencias que se manifiestan a diario nos permiten ver que todavía actualmente tenemos una gran cantidad de defectos que es preciso eliminar. Por eso, ¡cuánta amabilidad en el Señor para que no estemos a merced de una película cinematográfica, exponiendo a la vista de todo el mundo y sin misericordia, todas las pobreza, la miseria y las manchas que se manifiestan aún en nuestro pobre corazón, tan mal educado en la escuela del adversario!

¡Cuán amable es de parte del Señor que no nos descubra, sino que nos dé el tiempo de reformarnos! El deja venir las pruebas hasta nosotros, vigilándolas al mismo tiempo con mucho cuidado, de modo que resulten solamente para nuestra bendición. Naturalmente, se necesitan hacer inmensos esfuerzos para llegar a ser un verdadero hijo de Dios, porque muchas dificultades surgen en nuestro camino para contrarrestarnos y desalentarnos.

Ya es algo muy difícil poder reconocer al Eterno, su carácter, su mentalidad, sus pensamientos. Reconocernos a nosotros mismos es además otra dificultad. Después se trata de emprender la reforma de nuestro corazón, y este es un trabajo fantástico que requiere un

paciente aguante, perseverancia, y sobre todo mucha buena voluntad.

La prueba es una cosa muy buena, porque nos pone en lo recio de la batalla. El combate intensifica la circulación, y permite la eliminación de lo que conviene poner a un lado. Por eso, no son los que tienen menos pruebas que están mejor dispuestos a vivir los caminos divinos, sino todo lo contrario, son más bien los que se enfrentan con mucha adversidad. Estos últimos pueden considerarse como bienaventurados, porque tienen maravillosas ocasiones de aprender las lecciones y adquirir la mentalidad de un hijo de Dios.

Desafortunadamente, no nos mantenemos siempre en el ambiente conveniente para recibir las pruebas con gratitud y buena voluntad, regocijándonos con todo nuestro corazón, como nos invita a hacerlo el apóstol Santiago. No obstante, no hay nada que nos sea tan saludable para reformarnos.

El real sacerdocio tiene un ministerio de renunciamiento y de sacrificio. Las pruebas que los miembros del pequeño rebaño encuentran en su camino son otros tantos escalones que los ayudan a subir al monte de Sion, para llegar a la maravillosa transparencia de la nueva Jerusalén.

Como lo dijo nuestro querido Salvador mismo, el no vino para perder, sino para salvar lo que estaba perdido. También nosotros tenemos este mismo ministerio. Debemos tenerlo constantemente a la vista, y esforzarnos en vivirlo, desarrollando entrañas de misericordia y de ternura en favor de los seres desgraciados de la tierra. Debemos sentirnos estrechamente unidos por los maravillosos lazos del amor y de la caridad, para traer el poder de la gracia divina alrededor de nosotros.

De esta manera, la cohesión que podemos realizar juntos, con la práctica sincera del programa divino, representa entonces un poder de atracción irresistible para los seres humanos. Ellos notan la influencia consoladora y santificadora que se desprende del tabernáculo de Dios que ha de establecerse entre los seres humanos para traerles la liberación.

Es por la fe y el poder del espíritu de Dios que recibimos la fuerza necesaria para realizar la voluntad del Señor. El está deseoso de darnos el querer y el hacer. Tenemos la absoluta certidumbre de la victoria completa y definitiva que obtendrá la obra del Señor sobre todas las obras de tinieblas que se han manifestado hasta ahora bajo la sugestión del adversario.

El bien y la bendición tendrán la última palabra. Podemos ayudar a la realización de esta victoria; si no trabajamos por ella, otros lo harán

en nuestro lugar; pero la victoria con el triunfo del bien sobre el mal se manifestará sin duda alguna. Depende esencialmente de nosotros, ser o no ser combatientes por la buena causa. La ocasión nos es ofrecida como una inmensa gracia que debemos saber apreciar haciendo lo necesario.

Actualmente, hay toda clase de colaboradores que procuran hacer triunfar la obra del Señor. Los hay incluso que son colaboradores sin saberlo y sin quererlo.

Estos últimos son los que trabajan con violencia en la destrucción de Babilonia, buscando continuamente su propio interés. No se dan cuenta de que el resultado definitivo de sus esfuerzos se manifestará de una manera completamente inesperada para ellos. Hacen una obra magistral de demolición brutal, que no puede ser realizada por los hijos de Dios. En efecto, este trabajo levanta nubes de polvo que serían desastrosas para nuestros pulmones espirituales.

Nuestra misión particular es representar la revelación grandiosa de la belleza del carácter divino. Nuestra fuerza no consiste en la brutalidad, en la violencia, ni en la destrucción. Ella consiste en la dulzura y en la acción penetrante e invencible del amor divino, que es más potente que todas las fuerzas brutales reunidas. Esta manifestación puede producirse solamente por la realización de la mentalidad divina en nuestro corazón. Ella nos permite procurar a nuestro alrededor la benéfica influencia de la gracia divina. Los demoleedores nos preparan el camino para que podamos edificar después, y traer el consuelo inefable del Reino de Dios en medio de la tribulación y de la confusión.

Se nos ha concedido una bendición inefable con el conocimiento de la verdad. Podemos sondear así los pensamientos profundos del Eterno, y estamos invitados a asociarnos a la obra de bendición y de restauración que se ejecuta actualmente en favor de la humanidad doliente y moribunda. Esta obra comenzó por el ministerio y el sacrificio de nuestro querido Salvador en la cruz.

Las enseñanzas propagadas por las distintas sectas religiosas impiden totalmente a los seres humanos reconocer el carácter divino. En efecto, a los que las siguen les es imposible representar así la verdadera mentalidad del Eterno, por estar bajo el poder de la doctrina de los tormentos eternos, del infierno, de la inmortalidad del alma, de la ira de Dios, de su espíritu de venganza y de castigo.

¿Cómo armonizar semejantes errores diabólicos con la revelación de un Dios de amor, anunciado por nuestro querido Salvador? El Hijo muy amado de Dios nos ha revelado al Eterno, nos lo ha descrito como el padre del hijo pródigo, como el Dios lleno de misericordia, que no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y que viva.

Para poder comprender la Biblia, es preciso leerla con el espíritu de Dios; de lo contrario, encontramos en ella sucesos que podrían parecerse confusos. Si por ejemplo leemos el capítulo de Jeremías, podría asustarnos pensar, que el Eterno desmenuzará a los seres humanos como una vasija de alfarero arrojada al suelo, y que se hace pedazos,

Con el conocimiento de la verdad, podemos poner cada cosa en su lugar, y comprender el verdadero sentido de estas palabras. Esto significa que los seres humanos se han conducido de tal manera que desembocan en una tribulación

fantástica, que ellos mismos se han preparado. El Señor no está para nada en esta tribulación.

Esta última es simplemente el resultado de lo que los seres humanos han sembrado en el transcurso de los siglos. Ellos han vivido en el más completo egoísmo, y se han hecho un dios a su imagen. Es por lo que, en el seno de la cristiandad no es posible formar el pequeño rebaño. Este último se ha mantenido continuamente apartado, porque su mentalidad no podía armonizarse con las enseñanzas y los deseos egoístas de Babilonia.

A todos aquellos que oyen el llamado divino, para formar parte del real sacerdocio, el Señor les dice: „Salid de Babilonia, pueblo mío.“ Y todos los que quieren vivir el programa divino salen de Babilonia para entrar en la escuela de Cristo. En ella son tallados y pulimentados de manera que puedan llegar a semejar al Señor, y a poder ser encastrados en el muro de la Jerusalém celestial como joyas maravillosamente puras y transparentes.

Actualmente vivimos en un tiempo excesivamente serio. Se trata de hacer a un lado toda tibieza y toda somnolencia espiritual, y de trabajar con un celo redoblado en el cambio de nuestro carácter, porque si no, nos quedaremos en el camino. Hay esfuerzos que hacer, y hace falta tener el valor de realizarlos, sin pararnos en cualquier tergiversación. Los impedimentos deben ser totalmente quitados, porque, si no, serán ellos seguramente que nos retendrán. Para esto hay que quitar las plantas parásitas y venenosas que están en nuestro corazón, arrancándolas de cuajo.

Es evidente que, en la mayoría de los casos, no se logrará a la primera, sino que habrá que repetir la operación a menudo, hasta que todo sea arrancado y, que no quede nada. Pero el Señor nos ayuda, nos sostiene, nos estimula y nos bendice. El quiere manifestar su poder en nuestra debilidad, para que podamos dar al mundo la expresión de la revelación de los hijos de Dios.

El Señor nos ama con un amor maravilloso, pero no con el amor de los seres humanos, que está hecho de flaqueza y de parcialidad. El amor divino no conoce la debilidad. El está formado de justicia, de sabiduría y de una misericordia infinita, que va tan lejos que nuestro querido Salvador pudo dar su vida para salvar a los seres humanos. Pero, para que surta efecto, conviene que esta sublime expresión del amor hasta el sacrificio produzca también la reacción necesaria en el corazón de los que se benefician de ella.

Si nos presentamos humildemente como el publicano delante del Eterno, diciendo: „Oh Dios, apiádate de mí, que soy un pobre pecador“, estamos seguros de recibir el consuelo de la gracia divina; tendremos conciencia de nuestra pobreza y decadencia, y estaremos deseosos de reformarnos. Pero el que se presenta con orgullo como el fariseo, no puede sentir el perdón divino y regresa de vacío.

Cuando nuestro corazón está al unísono con el pensamiento divino, podemos regocijarnos con toda nuestra alma, y sin segunda intención. En efecto, cuando poseemos el nuevo nombre, no tenemos ya nada que temer, ni siquiera la muerte, porque sentimos la presencia del Señor; su vara y su cayado nos confortan, y sabemos que es imposible que nos suceda algo sin su permiso.

Estamos invitados a introducir el Reino de Dios en la tierra. Su Reino se expresa por la manifestación de la familia divina, en la cual

podemos amarnos con todo nuestro corazón. El que ama conoce a Dios, he aquí la consigna del Reino. Estamos llamados a realizar el amor divino en todas sus fases. Debemos amar a los que nos aman; igualmente a nuestro prójimo y, finalmente, debemos amar también a nuestros enemigos.

Naturalmente, esto requiere de nosotros esfuerzos, muchos esfuerzos incluso, porque hemos sido educados muy distintamente en la escuela del adversario. Por eso, la completa realización del amor altruista en nuestro corazón representa un combate colosal. No tiene que librarse contra nuestro prójimo, sino contra nuestra propia persona. Esto puede durar hasta que hayamos vencido en nosotros todo el mal, y que seamos un verdadero testigo de la revelación divina, uno de aquellos que apresuran el Día de Dios. Para esto es necesario haber adquirido el carácter de nuestro querido Salvador.

Cuando estamos bajo el ambiente de la gracia divina, podemos sentir profundamente la fuerza que se desprende del evangelio de Cristo; es un poder de Dios. Debe serlo también en nosotros, y por nuestro ministerio. Si el evangelio de Cristo no puede ser un poder de Dios en nosotros, es que no hemos hecho lo necesario, y que nuestra forma de proceder contrarresta la acción que el Señor deseaba hacer en nosotros por su gracia. Si este es el caso, es porque nuestro corazón está lleno de piedras, de abrojos y de espinas.

De todos modos, si advertimos que es así, no debemos desesperarnos. En efecto, no hay aún nada perdido. Lo que hace falta es ponernos a trabajar resueltamente, no temiendo las dificultades. Y cuando pase el arado cavando surcos, es necesario entonces dejarlo dócilmente hacer su obra.

Si estamos decididos con todo nuestro corazón de ganar la victoria, el Señor pondrá también todo en obra para que podamos tener buen éxito. El nos dará todas las ocasiones, nos procurará todos los instrumentos útiles para apropiarse completamente el terreno de combate que representa nuestro corazón. Hace falta que todo sea arrancado, limpiado, quitado, y que lleguemos a ser el lugar santo donde el Eterno pueda habitar por su espíritu.

Es a esto que somos llamados, a fin de llegar a ser, a nuestra vez, la revelación divina a la honra y a la gloria del Eterno y de nuestro querido Salvador, y para la liberación y la bendición de la humanidad desgraciada.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos podido regocijarnos con nuestra actitud, apreciar las pruebas curativas, y dejarlas obrar dócilmente?
2. ¿Cómo hemos aprendido las lecciones del día, de buena voluntad, de perseverancia, de amor, de humildad y de fe?
3. ¿Experimentamos con gratitud los delicados cuidados que el Señor toma de nosotros para educarnos?
4. ¿Hemos atraído al espíritu de Dios al ser sinceros y haciendo esfuerzos para vencer el egoísmo y la soñolencia espiritual?
5. ¿Arrancamos las plantas parásitas de nuestra alma para cultivar la humildad?
6. ¿Hemos podido traer impresiones amables y, al observar nuestra decadencia, aceptamos el perdón divino con mucha gratitud?